

que se oponía a la voluntad del pueblo. Hizo otras consideraciones y dirigiéndose al Alcalde le dice que si, como no espera, hiciera una política rastrera, desde luego aconseja que se prepare otro proceso. El Alcalde ofrece no hacer esa política y solo desea que reine entre todos paz, armonía y buena voluntad.

Ese día dió fin el episodio de los concejales, pero no los antagonismos que se acentuaron desde entonces, enconándose contra Estrella hasta que le anularon, confirmándose aquello de que el que mal hace su parte saca, pues hasta una de las cosas mas plausibles que hizo en ese tiempo, firmar recetas de suero antidiftérico a todo el que se lo pedía, fue motivo de acusaciones furibundas, pero aquello era una grandeza, ver a Eulogio almorzando, en el patio o en la cocina, según el tiempo, antes de reformar su casa, con la sartén de patas en el suelo llena de huevos y pimientos fritos, rodeada de toda la familia y el jarro del vino a un lado, con todas las puertas abiertas y que entraran los padres acongojados a por la inyección para el garrotillo por no tener para comprarla y que Estrella se apartara del corro o sin apartarse firmara la papeleta del médico para que le dieran la inyección cuanto antes, era conmovedor y asombroso que con el tiempo aquello sirviera para combatirle encarnizadamente, pero, ¡claro!, también lo fue que él persiguiera tan rudamente a los concejales porque se sentaran en su sillón, cosa que sin ese rencorcillo hubiera servido hasta de broma.

Recuerdo el ambiente de la ciudad cuando el proceso como entristecido y la gente como recelosa y abatida, hablando *sotto-voce*, condolidada de que se procediera contra personas tan cabales por lo que nadie consideraba ni falta, apreciando el acto como feo que es una manera muy alcazarena y entrañable de valorar las conductas, decir de algo que *está feo* es juzgarlo con la mayor severidad y detestarlo con toda el alma, como decirle a una mujer *guarra* es descalificarla en todos sentidos.

El hecho de sufrir un proceso puramente político, parece, —y mas en estos tiempos que la vida humana importa un blede,— que no debe tener importancia alguna, pero en Alcázar de entonces en el que nunca pasaba nada y se vivía seguros los unos de los otros, se notaba hasta en el aire la pesadilla de la mala acción.

Eulogio perdió la popularidad. "La rebelión de las masas" le apartó de los cargos, pero él quedó sensibilizado de por vida para las funciones públicas, con tanta viveza que, aparte de la crítica permanente en la calle, no tuvo reparo cuando fue permitido y él lo consideró preciso, en presentarse con Juan Leal a las sesiones a exponer su opinión y sentar su doctrina sobre los mejores arreglos de la vida municipal.

Desmontado el artilugio caciquil que lo sacó del anónimo, solo y desdeñado, siguió considerándose obligado a mediar en todo y lesionado por las gestiones que juzgaba equivocadas para la Villa como si el perjuicio o error hubiera de repercutir solamente en él.

Acostumbrado a ver el pueblo desde lo alto del Santo, donde iba apenas se levantaba, como el pastor que le da vuelta al ganado al pintar el día, no podía eximirse de considerar las alteraciones que le brindara la perspectiva mas que las suyas propias, o lo que es lo mismo, que para él lo primero era lo de todos y lo segundo lo privado, cosa difícil